

coge el Evangelio y se aproxima á las llamas, y el fuego queda extinguido. A las oraciones del propio prelado debe también Clermont el haber escapado en 543 á una epidemia. Sin cesar se ve á los obispos interceder para que se concedan á las poblaciones exenciones ó rebajas de impuestos; por esto se dice como cosa corriente que ellos son los que gobiernan la ciudad. Apenas elegidos, muéstranse enérgicos en el desempeño de su misión: Nizier, nombrado obispo de Tréveris por el rey Thierry, regresa de Italia á la Galia escoltado por los emisarios reales, quienes al llegar cerca de aquella ciudad dejan sueltos sus caballos en los campos de trigo de los labriegos. Indignado Nizier, exclama: «Haced salir á vuestros caballos del campo del pobre, pues, de lo contrario, os excluiré de mi comunión.—¿Cómo!, responden aquéllos, ¿todavía no has sido consagrado obispo, y ya hablas de excomulgar?—El rey, replica el prelado, me ha sacado por fuerza del monasterio para imponerme este cargo. La voluntad de Dios se cumplirá, pero siempre que el rey ordene algo malo, yo me opondré á ello.» Y él mismo echó del campo á los caballos.

Los condes se preocupan de este poder que incesantemente les tiene en jaque. En Lyon, el obispo Nizier envía uno de sus presbíteros al conde Armentarius: «Conde, dice el emisario, el obispo ha resuelto ya por medio de un juramento el asunto de que te ocupas, y te advierte que no te mezcles más en él.—Vé, responde el conde furioso, y dile que muchos de los asuntos ante él avocados habrán de ser fallados definitivamente por otros.» Estos conflictos degeneran á menudo en luchas abiertas y violentas, y la Iglesia tiene buen cuidado de propalar terribles relatos acerca de los condes que no cedían á las intimaciones del obispo. En Angulema, el conde Nanthino, que se las había tenido tiesas con el obispo Heraclio, se siente atacado por la fiebre y exclama: «¡Ay, ay! El obispo Heraclio me quema, me tortura y me llama á juicio.» Y como después de su muerte su cuerpo se volvió enteramente negro cual si en realidad lo hubiesen quemado, Gregorio termina el relato diciendo: «¡Que todos se acuerden de esto y teman insultar á los sacerdotes! Porque Dios venga á sus servidores que han puesto en Él su confianza.» De tal manera es el obispo señor de la ciudad, que á veces hasta protege á los funcionarios reales; así el obispo Ferreol salva al referendario Marcus, encargado de recaudar en Limoges los nuevos impuestos establecidos por Chilperico en 579 y á quien la población quiere asesinar. En Tours, Dagoberto otorgó al obispo el derecho de nombrar al conde.

El obispo manifiesta á veces la misma independencia respecto del rey. Nizier de Tréveris censura al rey Teodeberto por su conducta, y en plena iglesia declara que no celebrará la misa delante de él, y excomulga al rey Clotario que le condena á destierro, contestando á las amenazas que se le hacen: «Moriré con gusto por la justicia.» Germán, obispo de París, excomulga al rey Cariberto que se ha casado con una monja, Marcovefa. El rey unas veces cede, pero á menudo se irrita: Didier, obispo de Vienne, es blanco de las iras de Brunequilda; acusado ante un sínodo por uno de sus colegas, Aredio de Lyon, es destituido y desterrado, pero poco después se le repone en su cargo. Entonces dirige al rey Thierry duros reproches por el desorden de sus

costumbres, en vista de lo cual tres condes le prenden en su iglesia y se lo llevan, y uno de los soldados de la escolta le rompe la cabeza de una pedrada.

Estas violencias, sin embargo, son una excepción, pues los reyes saben que sus más activos ó más poderosos intermediarios cerca de los pueblos son los obispos. Clotario I, cuya crueldad no ha respetado á sus sobrinos ni siquiera á su hijo, transfórmase á veces en personaje piadoso para congraciarse con los obispos. Gontrán invoca la ayuda de éstos: «Me dirijo á vosotros especialmente, santísimos pontífices, dice en el edicto de 585, á vosotros á quienes la divina clemencia ha concedido el ejercicio de la potestad paternal, esperando que os esforzáis en enmendar con vuestra predicación asidua al pueblo que la Providencia os ha confiado y en gobernarle con paternal celo, de tal manera que todos amen la justicia y vivan honradamente. De este modo pueden ser asegurados por un beneficio celestial el orden público y el bienestar de los pueblos.» Gontrán, á pesar de sus brutales explosiones de cólera y de sus crímenes, es para el obispo de Tours un rey benigno y una especie de santo laico: «Siempre hablaba de Dios, de la construcción de iglesias, de la defensa de los pobres... Se le habría podido tomar no ya por un rey, sino por un sacerdote del Señor.» Estando un día en Tours, visita muy de mañana en su casa episcopal á Gregorio, que no le esperaba, y le pide los elogios de San Martín. El mismo brutal Chilperico ensaya, en sus momentos de calma, este papel bondadoso y se esfuerza en atraerse nuevamente á los obispos á quienes ha ultrajado; pero el episcopado no le perdona. Una noche, Gregorio de Tours ve en sueños un ángel que vuela por los aires y que al pasar por encima de la basílica de San Martín lanza un gran grito: «¡Ay, ay! Dios ha herido á Chilperico y á todos sus hijos, y ninguno de los que han salido de él sobrevivirá para gobernar su reino.» Después de haber aconsejado ó censurado á los reyes en vida, los obispos y los clérigos los juzgan una vez muertos, relatando su reinado y ensalzando ó difamando su memoria, y es para nosotros tarea muy difícil substraernos á la impresión de estas deposiciones con frecuencia parciales.

La influencia que los obispos ejercen sobre el carácter y la conducta de estos reyes fué en ocasiones beneficiosa; así, si consultamos las leyes y las capitulares, habremos de reconocer el espíritu humanitario de algunas disposiciones. Fieles á las tradiciones del pasado y empapados de ideas romanas, presentan á esos caudillos bárbaros y violentos como ideal, ora los reyes bíblicos, David y Salomón, ora los emperadores cristianos, y tratan de convencerles de que, habiendo recibido el poder de Dios, han contraído deberes estrictos para con Él: «Has de saber que eres el ministro de Dios, por Él instituido para que todos cuantos practican el bien encuentren en ti un auxiliar benévolo y todos cuantos obran mal un vengador enérgico. Lleno el corazón de temor, piensa, pues, solícitamente en cómo serás gobernado por Dios durante toda tu vida á fin de que gobiernes á los demás mucho tiempo y felizmente.» Y el poeta Fortunato dice de Chilperico: «Es nuestro Melchisedec, rey á la vez que sacerdote; siendo laico ha realizado la obra de religión, y sin dejar de administrar el Estado y de habitar su palacio, ha sido la gloria,

el modelo del episcopado.» Estos elogios no eran del todo merecidos por aquellos á quienes iban dedicados, pero por lo menos indican el concepto que los obispos se tenían formado del papel de la realeza; el lenguaje que usan con los merovingios es el mismo que sus predecesores emplearon con los emperadores cristianos, y el mismo que usarán sus sucesores con los carolingios.

Si existen obispos buenos, también los hay que observan una conducta extraña: Salonio, obispo de Embrun, y Sagitario, obispo de Gap, preséntanse en los combates ceñido el casco á la cabeza, y roban, matan, cometen adulterios, pasan las noches en orgías y de día duermen. En el Mans, el obispo Bodegiselo despoja á los ciudadanos, los maltrata y á menudo hasta les pega, diciendo á cada momento: «¿Qué, porque soy clérigo no he de poder tomar venganza por mi propia mano?» Su mujer, más mala aún que él, es quien le excita á cometer tales excesos. Egidio, obispo de Reims aparece mezclado en algunos de los más sombríos acontecimientos del siglo VI y sus perfidias le exponen á las peores aventuras: en el ejército de Chilperico, los soldados quieren asesinarle, viéndose obligado á huir, perseguido á pedradas (1); llevado ante un sínodo por Chilperico, contra cuya existencia se le acusa de haber atentado, y convicto de mentira y de traición, acaba por confesar: «Soy culpable, condenadme; merezco la muerte, lo sé, porque he cometido el crimen de lesa majestad, obrando siempre contra los intereses del rey y de su madre (Brunequilda); por mis consejos ha habido muchas guerras y han sido devastadas muchas ciudades de la Galia.» El sínodo le destituyó y desterró á Estrasburgo.

A medida que avanzamos en el curso de la historia la provisión de las sedes episcopales parece empeorar. ¿Reemplazarían á los obispos galo-romanos obispos germanos, más violentos y más ambiciosos aún que aquéllos? Lo que se considera como más positivo es que á consecuencia del acrecentamiento extraordinario de los bienes de las iglesias, estos ricos dominios aumentaron las concupiscencias de los laicos, muchos de los cuales sólo ingresaron en la Iglesia para disfrutar de ellos, confundiendo la aristocracia eclesiástica sus intereses con los de la aristocracia laica.

II.—El clero y los monjes

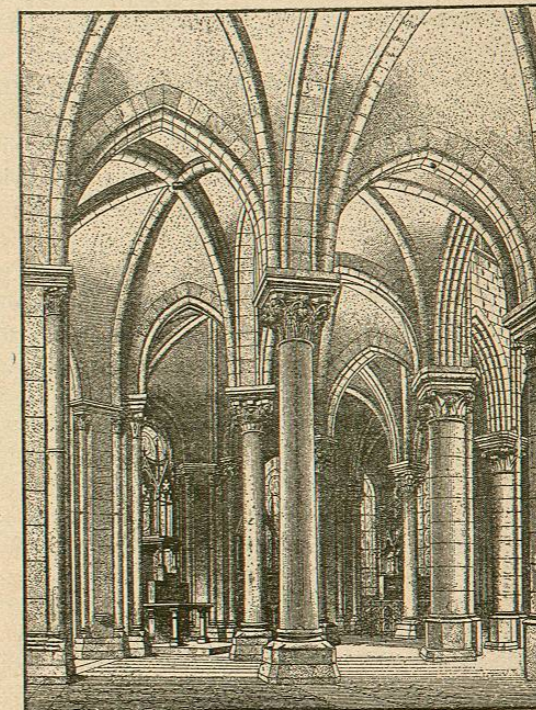
Pasemos ahora revista de las fuerzas de que dispone el episcopado; de su ejército que, además de los clérigos y de los monjes, comprende á todos aquellos que á causa de sus intereses están bajo la dependencia de la Iglesia; examinemos sus recursos, sus bienes que, gracias á numerosas donaciones, forman dentro del Estado inmensos dominios; veamos sus privilegios de jurisdicción y de inmunidad que le aseguran una singular independencia; estudiemos finalmente su acción religiosa que, gracias al culto, á las creencias y á las leyendas, la hace señora de las almas y por medio de éstas de la sociedad.

Las reglas relativas al ingreso en el clero subsisten, pero además es necesaria la autorización del rey ó de

(1) Véase anteriormente, pág. 296.

su representante. A veces, el monarca impone su elección; así San Remigio hubo de consagrar sacerdote, por orden de Clodoveo, á un tal Claudio, culpable de sacrilegio, teniendo que sufrir por ello las censuras de muchos de sus colegas. Como los clérigos estaban exentos del servicio militar y del impuesto, era natural que los reyes ejercieran vigilancia sobre la manera cómo se nutrían las filas del clero.

Los clérigos se reconocen por la tonsura que, conocida ya anteriormente, se extendió cada vez más en la Galia. El clérigo ha de saber leer y aun Cesáreo de



Interior de la iglesia de Saint-Denis, en París, fundada en 613

Arlés no admita á la ordenación sino á aquellos que habían leído cuatro veces el Antiguo y el Nuevo Testamento; pero esta regla fué mal interpretada y la Iglesia se fué llenando de día en día de ignorantes.

La Iglesia forma una sociedad aparte con su constitución y sus leyes propias; interiormente se rige por los cánones eclesiásticos y en sus relaciones con la sociedad laica invoca el derecho romano, y á cambio de los privilegios que asegura á sus miembros exige de éstos que renuncien al siglo. A los diáconos, presbíteros y obispos casados antes de su ordenación les impone, no que rompan con sus esposas, sino que vivan con ellas «como si fueran hermanas,» y excluye del episcopado á los que han contraído segundo matrimonio ó se han casado con una viuda. Los presbíteros y los obispos no pueden tener consigo ni siervas ni libertas, sino únicamente á su madre, á una hermana, ó á una sobrina, y les están prohibidos los banquetes de bodas en los que se entonan cantos de amor y se bailan danzas sensuales. El obispo debe vivir rodeado de sus sacerdotes y ninguna mujer puede entrar en su habitación sin que dos de aquéllos asistan á la entrevista. El archidiacono es el teniente del obispo y dirige y vigila al clero; el vidamo ó *vicedominus* administra los bienes de la Iglesia.

Fuera de la ciudad tenemos la división en parroquias,

que entonces se llamaban diócesis, nombre reservado más adelante á las circunscripciones episcopales. Esta institución se propagó, según parece, desde el Sur de la Galia al resto del país. Los concilios de Agda (506), de Epaona (517) y de Vaison (529) se ocupan de las parroquias, de sus recursos y de la formación del clero parroquial. La parroquia se constituye generalmente en un *vicus* y al frente de la misma hay un presbítero que tiene el derecho, antes reservado al obispo, de bautizar, predicar y ejercer cierta jurisdicción eclesiástica; posee sus bienes, su patrimonio, que administra el presbítero bajo la inspección del obispo, pero sin que éste pueda disponer de ellos á su antojo, y acaba por ser la unidad eclesiástica y una especie de pequeño estado moral y religioso. Si la parroquia es de alguna extensión y abarca varias iglesias y varios presbíteros, es gobernada generalmente por un arcipreste. Sería, sin embargo, erróneo creer que desde esta época todo el país está dividido en parroquias; con razón se ha dicho: «El número de estas comunidades rurales no era muy grande; se encontraban principalmente junto á las vías públicas, á orillas de los ríos, dondequiera que estaban agrupados los hombres, y á menudo hallábanse separadas unas de otras por grandes espacios y por desiertos.» En algunos casos las parroquias son fundaciones privadas constituidas por grandes propietarios en sus haciendas, y como de ello podría resultar que ellos ó sus agentes pretendieran ejercer una autoridad arbitraria sobre los sacerdotes puestos al frente de las mismas, los concilios tratan de evitar y de castigar este abuso. Además de las iglesias parroquiales, hay basílicas, oratorios y capillas, creados en buena parte por particulares que atienden á su sostenimiento; poco á poco se introduce la costumbre de confiar á los fundadores el cuidado de designar á los clérigos que han de estar al frente de ellos, costumbre que los mismos concilios admiten, de suerte que á partir del siglo VII comenzará la secularización de las iglesias, á consecuencia del patronato que sobre estas fundaciones se arrogan los magnates.

Al igual que los obispos, no siempre el clero merovingio es ejemplar, sino que al lado de sacerdotes virtuosos y caritativos hay muchos que adoptan las costumbres de la sociedad en que viven. Tal es, por ejemplo, el clérigo del Mans, licencioso, glotón, manchado con todos los vicios, que huye robando á una mujer de buena familia; sus parientes le persiguen, queman á su cómplice y le hacen encarcelar, pero el obispo de Lisieux, Aeterio, le salva la vida y le encomienda la educación de niños. El miserable paga estos beneficios tramando con el archidiacono la muerte del prelado; un clérigo, pagado por ellos, armado de un hacha, sigue á Aeterio, mas fáltale valor para consumar el crimen y confiesa. Entonces los adversarios del obispo apelan á la calumnia, acusan á éste de haber recibido en su cuarto á una mujer y arrojándose sobre él le encadenan. Al fin hubo de intervenir el rey para restablecer el orden. Estas conspiraciones del clero contra el obispo no son raras; Maracario, obispo de Angulema, por ejemplo, muere envenenado por clérigos de su iglesia, uno de los cuales ocupa su vacante. Por otra parte, ¿caso Fredegunda no busca entre los sacerdotes los asesinos á quienes arma contra Childeberto? A medida que el

tiempo avanza, aumentan el espíritu de insubordinación y el desorden de las costumbres.

La vida monástica desenvuélvese aún más vigorosamente que en la época anterior, contribuyendo á ello las mismas causas, á saber: el estado social perturbado, las opresiones de los magnates y de los ricos, la impotencia del gobierno para defender la seguridad y los intereses de las clases inferiores, y por último el desaliento que impulsa así á las almas bondadosas y débiles como á los pobres á no recurrir más que á Dios.

Por parte de los reyes, es una tradición fundar conventos: Clodoveo creó y dotó monasterios; Albofleda se hizo monja, y la mayoría de los diplomas de los reyes merovingios son otorgados en favor de las instituciones conventuales. Otros monasterios deben su origen á los obispos, pero sobre todo á los mismos monjes que multiplican sus establecimientos; algunos de ellos sólo cuentan unos pocos religiosos, y son en corto número relativamente los grandes cenobios en donde viven cien ó doscientos.

En las celdas se aislan reclusos, anacoretas, á quienes sirven de retiro las montañas, como las de Auvernia y del Cantal; cerca de ellos, en las selvas, álzanse conventos en donde se agrupan sus discípulos, sus admiradores, y más de una aldea tiene por origen la choza de un anacoreta. Estos ascetas inventan las más extrañas mortificaciones: Caluppa vive en una gruta llena de serpientes que se enroscan en su cuello; Walfroy permanece de pie sobre una columna, á imitación de los estilitas orientales; Lucipino que se ha refugiado en unas antiguas ruinas, huyendo de la vista de todo el mundo y recibiendo por un hueco un poco de pan y de agua, lleva sobre su cabeza durante el día y mientras entona las alabanzas á Dios, una piedra enorme que dos hombres podrían apenas levantar y durante la noche se pone debajo de la barba un bastón en el cual ha fijado algunos clavos puntiagudos. A consecuencia de este sistema de vida, vuélvese tísico y llena de esputos sanguinolentos las paredes de su celda; á su muerte la gente arranca los trozos de roca así manchados y se los lleva como reliquias. Bien es verdad que algunas veces el ascetismo se aplacaba y que la naturaleza injuriada recobraba irónicamente sus derechos: el recluso Winoc, por ejemplo, establecido cerca de Tours, era un santo hombre que iba vestido de pieles y se alimentaba de hierbas silvestres crudas; pero no supo resistir á los atractivos del vino que la piedad de los fieles le ofrecía y adquirió la costumbre de emborracharse, acabando por volverse loco furioso y siendo preciso encadenarlo en su celda.

El obispo pretende conservar su potestad sobre las huestes monásticas: los monasterios no pueden fundarse sin su autorización; el abad depende de él y sin permiso suyo no puede enajenar los bienes del convento ni alejarse de éste. A veces el que ha fundado el monasterio, rey, obispo ó particular, se reserva el nombramiento del abad, si bien comúnmente se limita á confirmarlo; por regla general, el abad es elegido por la comunidad monástica y el obispo le da la bendición, pero si se promueven discusiones demasiado vivas ó si la elección de los monjes recae en una persona indigna, el prelado puede intervenir y escoger otro abad. Como estas relaciones son causa de conflictos, los mo-

nasterios tratan de obtener de los obispos que renuncien á sus derechos y en efecto multiplícanse los diplomas de este género; sin embargo, de los documentos de tal índole, que más adelante atribuirán los monjes á la época merovingia, muchos eran falsos y habían sido fabricados por éstos para apoyar sus pretensiones.

De este modo se constituyen pequeñas repúblicas que se esfuerzan por librarse del poder episcopal como del civil y cuyas haciendas y recursos aumentan rápidamente; ricos personajes llegan á ofrecer al convento sus hijos con una parte de sus bienes y para entrar en él necesitase en principio la autorización real y se exige un noviciado y la pronunciación de votos.

donde pasó el resto de su vida. Era Radegunda mujer de ingenio distinguido y cultivado, y el poeta Fortunato, que escribió su biografía, estaba en correspondencia con ella y le dedicaba sus versos; pero en el convento ocupábase en los más humildes quehaceres, atendiendo especialmente á los pobres y á los enfermos, á quienes curaba las heridas y servía la comida. En su ardiente ascetismo, llegó á aplicarse sobre el cuerpo una plancha de metal calentada al fuego que abrasaba su carne, y ya que habían cesado las persecuciones, quería renovar las torturas de los mártires. Su devoción se exaltaba con visiones místicas: el año anterior á su muerte vió aparecer á un joven resplandeciente de be-



Sepulcro de Santa Teodechilda, primera abadesa del monasterio de Jouarre

El abad tiene el gobierno interior del convento y representa á éste en el exterior; todos los monjes le deben obediencia, pero él mismo ha de dar ejemplo de sumisión á la regla. Además en todos los asuntos importantes ha de tomar consejo de la comunidad y aun para las más insignificantes decisiones pide parecer á los religiosos más antiguos. Entre los abades, como entre los obispos, figuran grandes personajes: uno de los mejores amigos de Gregorio de Tours es Aridio, de noble cuna, que, después de haber sido consejero del rey Teodeberto, renuncia al mundo y funda en sus tierras un monasterio que denomina de San Yrieix, dándole su propio nombre, y que como otros muchos será el origen de una ciudad. No todos los abades son modelos de virtud: el abad Dagulfo comete robos, homicidios y adulterios y tiene por concubina á una mujer casada, á cuyo marido pretende asustar con amenazas; pero una noche, mientras duerme con ella, después de haberse emborrachado, regresa el esposo y los mata á hachazos. «Que esta muerte, añade Gregorio, sirva de advertencia á los clérigos que, contra los cánones, tienen trato ilícito con la mujer de otro.»

Dentro de los muros de los conventos vivieron á veces pequeñas sociedades tranquilas y dichosas, por ejemplo, la que en el monasterio de Sainte Croix de Poitiers se agrupó en torno de Radegunda. Conocida es la historia de esta cautiva thuringia, descendiente de regia familia, que se casó con Clotario; cansóse éste pronto de la dulzura y piedad de su esposa, la cual pudo consagrarse á Dios y construyó el monasterio en

lleza que le prodigó dulces palabras y caricias, y alar mada con ello su piedad, el aparecido le revela que es aquel á quien sin cesar reza é implora.

Su muerte, acaecida en 587, fué un duelo general en la Galia cristiana y el relato de su entierro hecho por Gregorio de Tours es una de las más hermosas y conmovedoras páginas de la literatura de aquella época. Gregorio quiere ver de nuevo los lugares en donde se deslizó la vida de la santa, y la abadesa y las religiosas le acompañan: «He aquí su celda, le dice; ¡y ya no encontramos en ella á nuestra madre! He aquí la estera en que se arrodillaba para implorar á Dios, ¡y ya no la vemos! He aquí el libro en que leía, ¡y su piadosa voz ya no suena en nuestros oídos! He aquí los husos en que hilaba durante sus largos ayunos y sus penitencias.»

Algunos años después, aquel monasterio habíase convertido en lugar de escándalo y de discordias: Chrodiel, á la que se tenía por hija de Cariberto, y Basina, hija de Chilperico, que habían profesado en el mismo, provocaron una insurrección contra la abadesa, pretextando que «se las trataba como modestas criadas y no como hijas de reyes.» Las facciosas fueron á encontrar á Gregorio de Tours y luego enviaron á Chrodiel como embajadora al rey Gontrán; en tanto que ésta cumplía su misión cerca del monarca, las demás permanecieron en Tours, en donde algunas se casaron, pero á poco regresaron á Poitiers y reclutando allí una partida de ladrones, asesinos y libertinos, se prepararon para la lucha. «Somos reinas, declaran las dos directoras de la rebelión, y no volveremos á nuestro monaste-